Cuadernos LIRICO

Revista de la red interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia

16 | 2017
Esnobismos

“El esnobismo, una cuestión de topografía social” ("Preliminares" de El esnobismo)

Adèle Van Reeth y Raphaël Enthoven

Translator: Ricardo Torre

Electronic version

URL: <http://journals.openedition.org/lirico/3706>

DOI: 10.4000/lirico.3706

ISSN: 2262-8339

Publisher

Réseau interuniversitaire d'étude des littératures contemporaines du Río de la Plata

Electronic reference

Adèle Van Reeth y Raphaël Enthoven, « "El esnobismo, una cuestión de topografía social" ("Preliminares" de El esnobismo) », *Cuadernos LIRICO* [En línea], 16 | 2017, Puesto en línea el 02 octubre 2017, consultado el 21 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/lirico/3706> ; DOI : 10.4000/lirico.3706

This text was automatically generated on 21 April 2019.

Cuadernos LIRICO está distribuido bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

"El esnobismo, una cuestión de topografía social" ("Preliminares" de El esnobismo)

Adèle Van Reeth y Raphaël Enthoven

Translation : Ricardo Torre

En nombre de Cuadernos LIRICO agradecemos a los autores y a los editores la autorización para publicar esta traducción. Procedencia : "Préliminaires", Le snobisme, Paris : © Plon / France Culture, 2015, p. 8-14, colección "Questions de caractère" dirigida por Adèle Van Reeth. Las cursivas son siempre de los autores. Las notas del traductor irán entre corchetes.

- 1 ADÈLE VAN REETH -Raphaël Enthoven, ¿usted es esnob ?
- 2 RAPHAËL ENTHOVEN -¡Eso espero ! Si no, este libro no tendría ningún sentido. Contrariamente a la moral, el esnobismo es una pasión de la cual es difícil, es imposible hablar cuando a uno no lo afecta (y es delicado dar sus instrucciones de uso cuando a uno le concierne). A menudo olvidamos que El libro de los esnobs de Thackeray tiene como subtítulo la indicación escrito por uno de ellos. Esta particularidad es una evidencia. Para hablar correctamente del esnobismo, hay que sentirlo, como una leve picazón de la que nos percatamos, rascándonos, y que ya nos picaba hacía un buen rato. Además, resulta extraño que esa escuela de inautenticidad a la que se denomina "esnobismo" prohíba totalmente, a diferencia de muchos temas más nobles, que se hable de él sin saber de qué se está hablando. En resumen, para describir el esnobismo, no hay que despreciarlo por esnobismo -como quienes hacen profesión de ser impermeables ante el asunto-. Con el esnob ocurre lo mismo que con el historiador, según Raymond Aron, que solo "extrae el objeto científico" a condición de que se sepa él mismo "inmerso en la materia que está explorando"¹. A falta de un discurso objetivo sobre el esnobismo, podemos tomar, como método, el camino de una subjetividad que se burla de sí misma. Dicho esto, para ser totalmente honesto con usted, no soy un muy buen esnob ; el esnobismo existe en mí solamente como una pulsión intermitente, y no como una esencia eterna. No soy Legrandin² ; no soy más que un parisino que se hace el listo cuando finge pertenecer a todos los universos o despreciar sus privilegios. De manera que la verdadera pregunta en

lo que a mí concierne no es "¿usted es esnob?" sino más bien "¿cuándo es esnob?", o, para decirlo con menor sencillez: "¿qué ocasión, qué kairós mundano determina que el esnobismo de un hombre cuya vanidad lo deja más bien tranquilo asome aun así, a veces, la punta del hocico?"

- 3 AVR –Lo que quiere decir, en primer lugar, que el esnobismo no perdona a nadie, y en segundo lugar, que depende más bien de las circunstancias que de un rasgo de la personalidad.
- 4 RE –No estoy seguro. Aun si le concedo que las circunstancias desempeñan un papel importante. Además, ya que, para hablar del esnobismo, uno mismo necesita ponerse en escena, hagámoslo cueste lo que me cueste, y permítame llevarla al teatro. Era una noche de estreno en un gran teatro parisino. Estaba feliz, tenía dos entradas y estaba solo. Me disponía a entrar con paso triunfal cuando, de repente, divisé a una anciana vestida como una zarrapastrosa y tan fea como un besugo, que mendigaba una entrada pero lo hacía, extrañamente, sin convicción. "Deme una entraíta. Deme una entraíta" pedía, con la mirada inerte, como los mendigos a quienes una larga práctica de la indiferencia transforma en autómatas ("Deme-algo-pa'-comé'-tenga-un-buen-día"). Deleitándome por anticipado con la imagen halagüeña que pronto iba a tener de mí mismo, di la vuelta, me acerqué a ella, y le di una de las dos entradas que tenía, sonriendo con esa actitud tierna, sincera y un poco distraída que les cabe a los temperamentos nobles. Absorto en el espectáculo de mi propia bondad, no había pensado que, por lo mismo, la mujer (que era sorda, hablaba muy alto y olía muy mal) iba a pasar toda la velada en mi compañía o, por así decirlo, tomada de mi brazo. En virtud de ello, y como no la iban a reconocer, seguramente pensarían que era mi abuela. Después de saludar a X y a Y evitando (con razón, pues no sabía quién era) presentársela, me encontré sentado a su lado, en la fila del medio, en VIP Land, entre un ministro indispuerto a causa de esta extraña vecina y dos señoras, desfiguradas por el estupor, el bótox y la rabia, que, después de voltearse cinco o seis veces para juzgar al animal inconveniente cuyo rostro yo les impedía ver, se atrevieron a preguntarle, en canon, con el tono más agresivo que podían usar: "Disculpe, pero ¿quién es usted? ¿Qué hace aquí? Mejor dicho, ¿cómo está aquí? ¿Quién le dio este lugar? –Fui yo", les respondí, como el defensor de la presa, que estaba extasiándose ("Oh, ahí está el señor Martin Lamotte"). Los dos buitres pusieron mala cara y se callaron entre suspiros. Pero lo caballeresco no es más que una suspensión de lo mediocre, y la honestidad exige decir que la satisfacción por haber defendido a una señora que lo merecía tanto como cualquier otra, cedió lugar a la molestia de la carga que yo mismo me había puesto sobre los hombros. Para terminar, de nuevo cobarde, dándole la espalda a mi "abuela" y adoptando decididamente los códigos que acababa de pisotear, fingí que ya no la oía, disfruté del final del espectáculo y abandoné la carroña a la jauría experta... Vea cuán diverso y fácilmente reconocible es el esnobismo: ahí está el esnobismo conmovedor de la señora que quiere ver a Martin Lamotte, el esnobismo de la mundana que podría matar a la anónima cuya presencia desfigura la fila en la que se halla sentada, y el esnobismo glacial del privilegiado que quisiera ser generoso pero a condición de que no le cueste nada. Hay aquí en particular el descubrimiento, en uno mismo, en lo más profundo de su ser, de una pasión detestable, a la cual ningún aprendizaje prepara, y que es necesario ridiculizar incansablemente, so pena de convertirse uno en un reverendo imbécil.
- 5 AVR –Pero ¿en qué medida se puede tomar un caso de esnobismo particular por una verdad general? La historia que usted cuenta tiene lugar en un marco muy preciso: un

teatro parisino que, según sus declaraciones, agrupa a personas pertenecientes en su mayoría a una misma clase social. ¿Piensa que esta anécdota sea reveladora de un mecanismo que actúa en el esnobismo, y que podría identificarse en otro lugar, con otras personas ?

- 6 RE – Por supuesto. Todo universo tiene sus códigos y, por lo tanto, sus esnobs. El esnobismo no es una cuestión de geografía social, sino de topografía social. No nace de la pertenencia a un clan sino del deseo de cambiar de clan o, por el contrario, de la irrupción, en el seno del clan, de un elemento que, al no encontrar su lugar en él, le da al clan la oportunidad de reforzar sus lazos a costa del invasor. El esnobismo es un choque de las inculturas que descansa en la convicción de que ser es integrar o bien excluir. Ser parte o no ser parte, ese es el reto. Por lo mismo, no hay nadie más esnob que el advenedizo, el mestizo, que compensa la ascensión con el celo e improvisa el papel de guardián del templo donde por sí mismo logró, por un malentendido, que lo admitieran – como Cioran, que no carecía de humor, fingía temer, después de la caída del muro de Berlín, que Francia fuera “invadida por los rumanos”–.
- 7 El esnobismo es una disposición del carácter que depende de las circunstancias, una debilidad, una pasión triste, una esclavitud en que la incertidumbre acerca de lo que uno es impone, de repente, reducir al otro a lo que uno quisiera que fuese. Podríamos, en una primera instancia, definirlo de la siguiente manera : el esnobismo es una sensación de saber que tempera la locura de basarse en un prejuicio por medio de la sabiduría de burlarse de él mismo, como el príncipe de Guermantes, que declinaba la invitación a una cena con el telegrama : “Imposible cenar esta noche, sigue mentira.”
- 8 AVR –¿En qué radica el interés de una reflexión filosófica sobre el esnobismo ? ¿Qué aporte puede realizar a lo que no hayan dicho ya los estudios literarios, sociológicos e históricos ?
- 9 RE –Ante todo, si existe una disciplina a la que se ha sentado en el banquillo de los acusados por esnobismo, esa es la filosofía ; la imagen del filósofo extraviado en sus cavilaciones, inepto para las realidades concretas, perdido en la especulación, ¿qué es esta imagen sino la filosofía tal y como se la imagina el esnob que desprecia por esnobismo al filósofo porque lo considera esnob ? ¿De qué depende la incansable perennidad del estereotipo que le impone al filósofo la sempiterna obligación de recusar el hecho de estar con la cabeza en las estrellas ? De una alianza de esnobismos. De la reivindicación hecha por el filósofo, en Platón, de esta postura altiva, altanera, distraída : “[Al filósofo] no hay que censurarlo por parecer simple e incapaz, cuando se ocupa de menesteres serviles”, pues nadie sabe mejor que él “ponerse el manto con la elegancia de un hombre libre... para entonar un himno a la verdadera vida de los dioses y de los hombres bienaventurados”⁴ (Teeteto). Muchas gracias. Desde hace dos mil quinientos años que nos estamos justificando. Y encima la filosofía provee los medios necesarios, me parece, para pensar el esnobismo (que la historia presenta como un fenómeno puntual, y la sociología vincula a la lucha de clases) como una desviación de la idea misma de certidumbre. ¿Qué es ser esnob ? Vivir como indubitables ciertas “verdades” que no lo son. El esnobismo es una inversión del cartesianismo, que reemplaza la decisión de revocar todo lo que no es certero por el rechazo de dudar de aquello en lo que se cree. Pero es también una variación del cartesianismo : a la gran ambición cartesiana de saber cómo algunas sensaciones claras y distintas nos informan sobre la verdad, el esnobismo la reemplaza por la tentación mezquina de considerar que su propio prejuicio es luminoso y distinguido. En cierto sentido, la misma cuestión anima estos dos egocentrismos : ¿en qué

condiciones la idea que me hago del mundo corresponde al mundo mismo ? El esnobismo es una fantasía metafísica. Para llenar el hiato que separa a un sujeto de sus representaciones, Descartes recurre a la intercesión de un Dios del cual afirma, sin garantía, que es "bueno" ; el esnob, por su parte, para cubrir al mundo con categorías que le permitan vivir en él, necesita únicamente estar convencido de lo que piensa. Ahora bien, es el cartesiano, no el esnob, el que se toma en serio a sí mismo. Cuando un esnob declara, sin sentir vergüenza : "No vi la última película de Tarantino, ni leí el último Houellebecq, pero me decepcionan", se está burlando primero de lo que afirma⁵. El esnobismo es un comportamiento irrisorio que ensancha la conciencia que se tiene de él.

- 10 AVR -Pero ¿se puede proponer una reflexión filosófica sobre el esnobismo manteniendo una neutralidad moral, es decir sin celebrarlo ni condenarlo ?
- 11 RE -"Me he esmerado, dice Spinoza, en no ridiculizar ni lamentar ni detestar las acciones humanas, sino en entenderlas..."⁶. Esa es la regla. Y es el único método aceptable : explicar más bien que condenar, descifrar en lugar de ensalzar. De todas formas, una vez más, para llevarlo a cabo, tratándose de esnobismo, es esencial experimentar aquello de lo que se habla. Saberse esnob uno mismo de vez en cuando es dotarse de los medios necesarios para pensar el esnobismo, privándose para siempre, por los afectos que se meten de por medio, de decir la verdad acerca de ellos. No celebrarlo es carecer de bondad para con uno mismo. No condenarlo es carecer de distancia respecto de él. Hay que hacer lo uno y lo otro.
- 12 AVR -Para poder celebrar y condenar al esnob que hay en nosotros, habría que demostrar una gran lucidez con respecto a sí mismo. No obstante, uno puede ser esnob sin saberlo.
- 13 RE -No lo creo. El esnob es una figura trágica. Para parodiar a Alain Besançon que, al recordar sus años estalinistas, dijo de sí mismo que "creía saber sin saber que creía", yo diría del esnobismo que consiste, al contrario, en creer saber... sabiendo que se cree. Las malas lenguas dirán que, por eso, el esnob ni siquiera tiene el pretexto de la ignorancia. Me parece, al contrario, que el esnob tiene, al menos, el mérito de ser ridículo con conocimiento de causa. El esnob tiene la conciencia aguda de la inanidad del prejuicio al que adhiere, sin embargo, con toda su alma. Y cuando se reduce el esnobismo, como lo hacen los sociólogos y los diccionarios, a "la vanidad de aquellos que fingen con afectación tener las opiniones, el comportamiento y los sentimientos que están de moda en ciertos ambientes considerados como distinguidos" (Larousse), se pasa por alto el hecho, terriblemente simple y fecundo, de que el esnobismo aparece en el instante en que un individuo tiene la sensación de decir la verdad sabiendo que está diciendo cualquier cosa. Se pasa por alto lo sublimemente perentorio que existe en el juicio de valor que reivindica su ignorancia afirmando su veracidad. De hecho, el esnobismo es la comedia dolorosa que un individuo actúa para sí. ¿Cómo explicar, en ausencia de lo dicho, que un despecho mundano pueda ser la gran herida de toda una vida ? Cómo explicar que un hombre conceda tanta importancia a lo que, objetivamente, no la tiene en absoluto, si no es porque el esnobismo es una modalidad mayor de la "distracción", en el sentido que le da Pascal : la ignorancia voluntaria que, aplacando el dolor de existir, da a los condenados a muerte que somos la sombría libertad de reflexionar un poco en ella. Cuidado : hay una diferencia entre el hecho de saber algo y el hecho de tener conciencia de ese algo -lo cual es mucho menos frecuente-. Ningún esnob ignora el mal que lo consume. Pero pocos lo aceptan y pretenden padecerlo. ¿Qué está pidiendo el señor Jourdain cuando le suplica a su mujer que se calle ("Cállese", "Cállese, pues", "¿Se va a callar de una vez ?", "¡Paz !") mientras que, como ella se lo había predicho, Dorante acaba de pedirle prestados una vez

más doscientos doblones ?⁷ La "paz". Y con razón. El señor Jourdain no está tranquilo. El señor Jourdain quiere creer que el mérito puede comprarse y es posible simular la grandeza, pero, para su desgracia, sabe que no es así. Jourdain solo es obstinado porque es incrédulo. Su mujer le recuerda lo que él ya sabe y que, por esta misma razón, no admite : no es más que un "ingenuo". ¿Por qué Jourdain odia a su mujer ? Porque, sin enseñarle nada de sí mismo, ella le hace sentir lo que él se ha contentado con saber hasta ese momento... a condición de ignorarlo. De la misma forma, ¿por qué Legrandin odia encontrarse con el Narrador en casa de los Guermantes ? Porque, absorto en las mundanidades que le encantan, no tuvo tiempo de forjarse el rostro de misántropo con el que se presenta de ordinario ante el joven. El esnob sabe que es esnob, y no quiere saberlo. Burlándose de sí mismo o tomándose en serio, el esnob se conoce y se rehúye. No se desengaña a un esnob mostrándole que sacrifica su energía por algo que no lo merece... puesto que ya está al tanto. Por esta razón al esnob le desagrada tanto que lo sorprendan en flagrante delirio.

NOTES

1. Alusión a la "revelación de las orillas del Rin", cuyo relato realiza Aron al comienzo de sus *Memorias*, al cabo de la cual se descubre a la vez escéptico y kantiano. [La traducción de los entrecomillados es nuestra. Existe versión en castellano: *Memorias*, Madrid: Alianza, 1985. Referencias del original: *Mémoires*, París: Julliard, 1983.]
2. Legrandin. El campeón de lo mundano según Proust... Ya hablaremos de él.
3. [Martin Lamotte es un actor cómico francés nacido en París en 1947.]
4. [Hemos seguido la versión en castellano de Álvaro Vallejo Campos en Platón, *Diálogos*. V (*Parménides. Teeteto. Sofista. Político*), Madrid: Gredos, 1988, p. 244. Los fragmentos citados se encuentran en *Teeteto* 175d-e y 176a.]
5. "«—¿Qué nos dice usted del libro de Hermodoro ? —Que es malo —contesta Antimo. —¿Que es malo! —Tan malo, continúa, que no es un libro, al menos, que merezca que se hable de él. —Pero ¿lo ha leído usted? —No», dice Antimo. ¿Por qué no añade que Fulvia y Melania lo han condenado sin haberlo leído y que él es amigo de Fulvia y de Melania?»" [Hemos seguido la versión castellana de Consuelo Berges en La Bruyère, Jean de, *Los caracteres*, Paracuellos de Jarama (Madrid): Hermida, 2013, colección "El Jardín de Epicuro – No Ficción", nº 9, p. 35. Traducción ligeramente modificada.]
6. Spinoza, *Tratado político*, I, § 4. [Hemos seguido la versión en castellano de Atilano Domínguez en Spinoza, *Tratado político*, Madrid: Alianza, 1986, p. 80, 81.]
7. [Alusión a la escena IV del acto III de la comedia-ballet *Le Bourgeois gentilhomme* de Molière.]